

# El Lenguaje de la Inspiración

Cuando una persona no sabe dónde está y, sin tener patología, no encuentra un rumbo concreto, no debe buscar referencias en su entorno sino debe desenredar las trabas de su interior y confiar en que su lenguaje superará los asomos de amnesia.

Ese lenguaje íntimo le ayuda a abolir la experiencia de su vida, que es la que atenta contra la libertad de su espíritu y la ingenuidad innata de los seres. En esta forma descubre la libertad literaria que le hace recuperar, en la maleabilidad inocente, la forma de juntar vocablos por su brillo y su tersura, por la plasticidad de las palabras invocadas, por la certeza de los significados y, de esta manera, en una forma de derivación de cauces, llegar a un delta intrincado en el proceso creador del poeta.

Este suceso ocasional induce a un mecanismo de estimulación mutua de los sentidos, a partir de la mirada sobre las palabras. Como significantes, provocan la manifestación tonal, exaltada en la declamación o en el discurso, que se sirve de la parte física del sonido (la amplitud y modificaciones del tono, los silencios en las pausas, el timbre, la suavidad, que en un conjunto pueden discernirse como armonías).

Después, del ordenamiento musical se enlaza con el concepto un raciocinio buscando su vehículo, en un espacio donde se originan nuevas incidencias de los sentidos, para configurar frases relacionadas entre sí y llamar otras contribuciones inesperadas, captadas en un momento útil; y al desplegar estos acúmulos de percepciones, con el auxilio de la distribución de las palabras, en su conexión o en sus aislamientos, se llega a constituir el poema.

El lenguaje poético multiplica los entendimientos de las frases, da lustre al contenido de una palabra y resonancia a lo propuesto para despertar ideas originales, y quizás se acerca a la ambigüedad pero evidencia ilusiones que pueden por sí mismas desencadenar percepciones renovadas. Los significados conviven sin mantener su parentesco y la interpretación se acerca a las asimetrías y matices difuminados de las ideas prácticas. Consigue así que funcionen con un fin disperso todos los órganos vitales, aunque, aparentemente, sólo el núcleo corporal del sentimiento es el que elabora coincidencias.

En comparación, el lenguaje racional es seco e inexpressivo para las manifestaciones sensibles, y no acepta las asimilaciones de fenómenos idealizados. Sin considerarse que sea un desorden lo que es una forma concreta, no se acepta como elucubración poética.

Tampoco es incoherencia u obstrucción, cuando se concluye el poema. Llega a ser lo deformado inmediato en la rigidez idiomática una creación nueva, un acontecimiento extrovertido, como para se que se someta a juicio. El poema es necesariamente la forma perceptible de la vida, dejando de lado a la resistencia que se opone a su liviandad, que le hace volar libremente.

Sí, hay vinculación intermínima del poeta con la naturaleza, pero poesía verdadera es cuando integra la mera interioridad, cuando está haciendo fructificar en la personalidad lo que late en el alma, tenga o no explicaciones.

El poema se extiende en el nivel interno y no en el orden de las consecuencias; somete su previsión a su esencia no comprometida, para tratar por igual de la negación de la vida o muerte, de lo irresoluble del ejercicio cotidiano de sufrir, de la relación cronológica de otro ser que nace.

Con frecuencia insólita recibe el mensaje de los sueños, intuye así su inconsciente, y sencillamente adopta supersticiones. De esa manera va contextualizando sus convergencias, y hasta degenera porque esto es una distancia tomada en relación a un estado de la naturaleza, o sea, que una de las partes imaginativas consiga cambiar su condición natural para que su acción regular sea fácilmente alterada de una manera sensible y permanente.

La estructuración así hallada es la curva interior en la cual vienen a alojarse, para sostenerla e impulsarla, los puntos singulares del pensamiento no madurado. Así el poema nos lleva a localizarnos, a superponer nuestras impresiones y formar un texto cuya identidad no se descubre de otro modo.

Muestra además un poder de aglutinación, cuando ya emerge fuera de nosotros, entre el lenguaje y la otra parte comprometida, que es el elemento psicológico que, por sus asociaciones e imágenes, acércase a la realidad no por desviación libre sino por aproximación a la estructura irreversible de las reminiscencias, cuyos acontecimientos trazan un camino obligado que provoca, propone, excita.

El poema es un aparato fecundador pues es suficiente llegar a su zona marginal con determinado matiz de apasionamiento, para que aparezcan otros aspectos, mimetizados hasta entonces.

Para la poesía, la vida psicológica tiene gran importancia. Toda persona posee sus periodos fisiológicos, que se delimitan por la evolución de sus pensamientos propios. La edad es una cifra que menos o más nos aproxima a esta idea clasificatoria, en la que se descubren orientaciones múltiples, de acuerdo con el desarrollo del intelecto, ya que la conciencia puede alterarse, florecer o marchitarse, sus condiciones propias pueden estar subtenidas pues pueden sufrir prolongamientos o cortes, variar lo positivo o lo negativo. El momento en que se escribió el poema, señala las relaciones inconsistentes del espíritu y la susceptibilidad de los cambios.

Por eso llama fuertemente la atención que una poeta niegue lo dicho en sus versos escritos muchos lustros atrás, que quiera transformar lo que la libre expresión le facultó en el pasado. Es inconsistencia de la personalidad poética ser impugnadora de su propio pensamiento. Aunque la experiencia ganada hubiera crecido grandemente, la obra de esa vez, acacia y singularizada, tiene el significado de ser efecto de ese tiempo. No puede ser infiel a la misma persona, para discutirla o para destruirla. Aun cuando los recursos técnicos hubieran sido deficientes o insuficientes en ese ayer, han sido ejercidos por una sensibilidad. Y entonces no se puede intimidar al sujeto de esa poesía, amenazándole con corregir su texto. Si así sucediera, la comunicación del pasado se vuelve caricatura en el presente.

Por otra parte, porque el poema es un estado de ánimo del momento no es un testimonio colectivo, es la individual eclosión de un sentimiento. Es un sistema de no obedecer normas, pues surge de las instantáneas sensoriales. Es la especulación del tiempo-espacio-sentimiento abriendo el paso a la verdad o poniéndola en conjetura. Se logra la uniformidad en el fondo del poema, pues el escritor no puede excluirse.

El poema, cualquiera sea su tipo o su extensión, es la idiosincrasia de la peculiaridad, porque puede encontrar una hendidura de posibilidad en lo sólido de la negación, un deslumbramiento que cambia la escenificación de los mitos; un golpe de sospecha que puede quebrar el olvido, la ilusión o la ocultación.

Sombras que adquieren coloraciones, aires que se adensan y ocasionan sortilegios. El poema es pues una creación multifacética, deductiva porque inquiere, forjadora porque ejecuta; y lo notable es que estas características llegan al lector que ve diferentes esos sortilegios. Al leerlos sólo unos rasgos le llegarán positivos y sólo algunas palabras le darán sentido. No es la mirada misma la que tiene el poder de análisis y de síntesis sino la verdad resumidora del lenguaje que ingresa del exterior para tener nuevo significado en el hueco del sentimiento. Es un descriptamiento porque deja ver las facetas de la propia individualidad del poeta.

El poeta es él, el mismo. Síntesis de su herencia, de su evolución, de su trayecto predispuerto. Quien ve su físico no alcanza la verdad que está oculta. Su yo: formado por los antecedentes conocidos, las perturbaciones en su proceder diario y los déficits que haya soportado. Es una apariencia vista desde el interior pero que no está cerrada, porque está deducible de la conclusión que se afirma en su poema: en un inventario no solamente de sus sentimientos sino de la presencia del espesor de lo percibido de otra gente, de otras tierras y otros tiempos. Es, a veces, la imperiosa y lacónica verdad de lo que opina.

El autor es lector de numerosos hechos en distintas circunstancias, de tal manera que ha leído, aunque en forma condensada, lo que se graba en la memoria. Ellos se articulan con lo cotidiano para crear nuevos torrentes de expresión, y que se sedimentan en unas palabras que aceptan a pesar de todo el juicio y el riesgo del futuro. Experiencia que es prueba, un saber que no tiene que confinarse a unos versos, sino expandirse para introducirse en los entendimientos y replantearlos en la experiencia abierta del mundo.

El lenguaje es la comunicación, el vínculo entre los pensamientos, con errores que actúan como simientes, pero con aciertos que iluminan los conceptos. No siendo un poema ciencia pura, no tiene el lenguaje rígido, pero sus expresiones y hallazgos son revelados como maravillas naturales del universo y del microcosmos inserto en la mente. Un cometa de extraña y fabulosa órbita que circunda al mismo tiempo el globo terráqueo del autor y las circunvoluciones cerebrales que han producido una inspiración poética.

Un lenguaje de partes querrellándose con un lenguaje árbitro o juez, que formula una habilidad especial del humano, la de producir inagotables sugerencias para un trenzado intangible de entendimiento, y que determina una complejidad en el resultado de haber empezado como palabra, haberse hecho islote verbal y ganar un océano de pensamientos.

Sólo unos rasgos le llegarán positivos y sólo algunas palabras le darán sentido. No es la mirada misma la que tiene el poder de análisis y de síntesis. Sino la verdad resumidora del lenguaje que ingresa del exterior para tener nuevo significado en el hueco del sentimiento. Es un descriptamiento porque deja ver las facetas de la propia individualidad del poeta.

*Alfonso Gamarra Durana. Médico cardiólogo, miembro de la Real Academia de la Lengua Española y de la Sociedad Boliviana de Escritores.*